

PUBLICIDAD

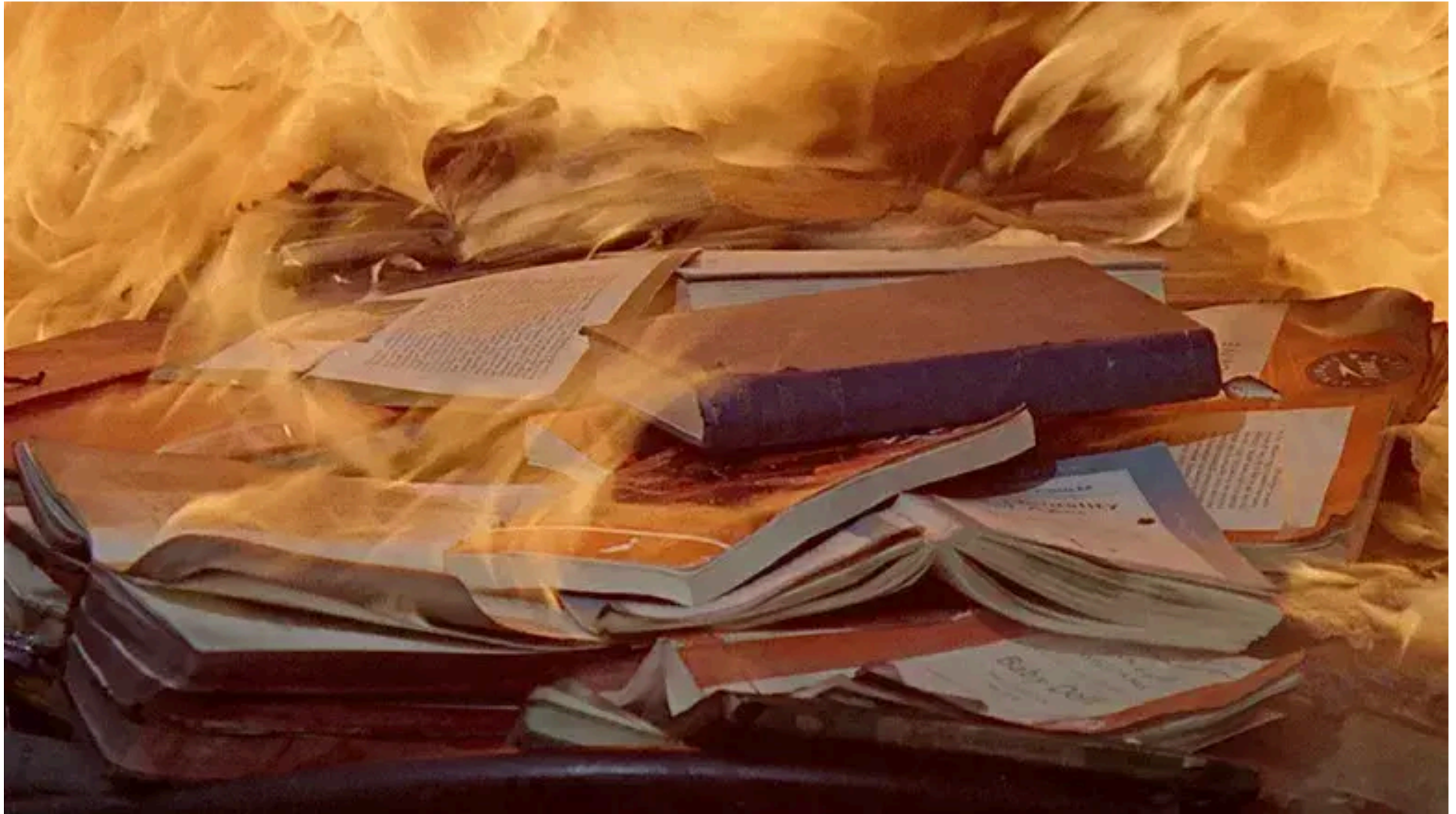
Opinión

Regularidad y excepcionalidad. La crisis de las ciencias sociales

Privacidad



Álvaro García Linera
Exvicepresidente de Bolivia.



Fotograma de Fahrenheit 451 de François Truffaut - Filmin

En un mundo caracterizado por el crepúsculo del orden económico y político imperante en los últimos 40 años, las ciencias sociales no han podido quedar inmunes a esta debacle general

08/03/26 | 6:00

Si nos fijamos con atención, las grandes teorías que durante años marcaron el debate académico y político hoy se muestran paralizadas y con la creatividad enclaustrada para dar cuenta de la complejidad de los problemas que estallan por el mundo. No solo es que los “grandes maestros”, que inauguraron escuelas de pensamiento con influencia global en la sociología, la economía o las ciencias políticas, han muerto, sino que sus propios esquemas cognitivos se muestran anquilosados o rebasados por una realidad impetuosa que parece no ser aprehensible.

PUBLICIDAD

Privacidad

Incluso autores famosos que aún se mantienen con vida ya solo atinan a reflexiones sumidas en una desesperante decadencia. Es el caso de Habermas, quien, del “patriotismo constitucional” fundado en principios democráticos, se ha extraviado en el despeñadero de un patriotismo “armamentista”. Al final, la teoría normativa de la acción comunicativa tuvo que arrodillarse ante la validez fáctica e

insuperable de la dimensión no dialógica de la fuerza de los Estados. O de Agamben, cuya crítica a los excesos de aquella soberanía estatal que busca despojar derechos (la “nuda vida”) hoy ha encallado en una paranoia conspiracionista de maliciosos gobiernos que “inventan” pandemias para controlar autoritariamente a la población.

En ciencias políticas las cosas no van mejor. El renacimiento de estudios sobre el “populismo” desde hace 20 años —no como síntoma sino como patología social— sacó a la luz la derrota del conocimiento ante los hechos sociales disruptivos. La mayor parte de los estudios sobre el tema, lejos de entender las condiciones sociales del surgimiento de este tipo de comportamiento político colectivo, se sumergen en especulaciones sobre el abandono social de la “racionalidad” o la “civilidad”. Así, en lugar de estudiar científicamente los hechos por lo que son, se empantanar en arengas moralizantes respecto a la distancia de esos hechos con lo que “debieran” ser. Es decir, una confesión de barroca ignorancia sobre el tema. Incluso hoy, el previsible derrumbe del orden político liberal es visto como una hecatombe civilizatoria o el catastrófico advenimiento del “fin de los tiempos”.

El presente es un tiempo excepcional. En la última década, las reglas previsibles de las conductas de los actores económicos, políticos y sociales han sido desquiciadas por un tipo de acciones imprevisibles, no esperadas

En economía las cosas no han ido mejor. El largo y ya aburrido debate sobre la inflación emergente después del COVID-19 en las economías más grandes del Norte sacó a la luz la generalizada parálisis cognitiva entre los economistas mainstream. Se especuló sobre los fundamentos “estrictamente monetarios” de la inflación. Cuando se retiró dinero de circulación y la inflación continuaba subiendo, se habló de “exceso de demanda” o de demasiados “estímulos fiscales”. Pero nada de ello afectó la inflación. Después de cientos de “papers”, ajustes monetarios, fiscales y crediticios fallidos, fue el propio presidente de la FED norteamericana quien tuvo que confesar que “entendemos poco sobre la inflación” (NYT, 29-VI-2022).

Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie más se atreve, con una línea editorial de izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.

Apoyar ahora

La situación de las universidades más influyentes del mundo (con excepción de las de China) es igual de preocupante. En sociología predominan los enfoques micro apoyados en el neoinstitucionalismo, el funcionalismo tecnológico (EE. UU.), el pragmatismo o el aceleracionismo (Europa). En ciencias políticas siguen a la cabeza las clásicas lecturas del *rational choice*, el liberalismo institucional, la teoría normativa o el neofuncionalismo. En economía, los neoclásicos y los modelos estocásticos aún se resisten a alejarse de la escena, en tanto que el llamado “giro” empírico y la Nueva Economía Institucional tampoco logran desplazarlos. En América Latina, en muchos casos, el panorama es similar. Las grandes

escuelas del pensamiento social latinoamericano han desaparecido (teoría de la dependencia, el desarrollismo, el marxismo “tropicalizado”), y se continúa con una replicación retardada de las modas del Norte que, a su vez, están retardadas respecto a la realidad y sus cambios vertiginosos.

No tiene ningún defecto estudiar todas estas corrientes como parte de la historia de las ideas. Pero hacerlo para comprender el presente a partir de su exclusivo uso resulta un anacronismo defectuoso e impotente.

El gran problema de la mayoría de estas teorías es que estudian la regularidad de los comportamientos sociales, es decir, el tipo de acciones que las personas ejecutan en tiempos de estabilidad social y previsibilidad del tiempo histórico. Y, ciertamente, ahí la batería de conceptos y reflexiones que proporcionan puede resultar útil y contribuir a entender aspectos parciales de los acontecimientos sociales.

***Los sistemas de creencias hasta aquí
prevalecientes se están licuando,
dejando al mundo, a las sociedades y***

a las personas sin certidumbres plausibles

Pero el presente es un tiempo excepcional. En la última década, las reglas previsibles de las conductas de los actores económicos, políticos y sociales han sido desquiciadas por un tipo de acciones imprevisibles, no esperadas.

En economía, las cadenas de valor globales se están retrayendo por criterios de competencia geopolítica. El “libre mercado” puja al lado del proteccionismo de las grandes potencias. La eficiencia productiva está subordinada a la “seguridad nacional”. Toda la parafernalia sobre el globalismo se esconde detrás de las guerras de aranceles. El nacionalismo económico va en ascenso y el liberalismo en retirada. En política, el cosmopolitismo de derechas e izquierdas es aborrecido por los votantes, que comienzan a inclinarse por el soberanismo, el cuidado de las fronteras y el repliegue a la nación. El apego a líderes concertadores de antaño ha dado paso al apoyo masivo a líderes fuertes y rupturistas. Los centros políticos se han extinguido. Los extremos cobran fuerza. Las propias élites políticas y económicas están exasperadas. Toman rumbos cada vez más disímiles, incluso

enfrentados entre sí. Los idearios “inmateriales” que movilizaban a los ciudadanos están siendo sustituidos por temas materiales, de acceso a más bienes y servicios. El modelo exitoso del emprendedor obscuramente millonario, al que todos buscaban imitar, ha sido desplazado por el resentimiento hacia los que más tienen. En geopolítica, el hegemon que ordenó el mundo durante décadas ha comenzado a replegarse, dejando una huella de brutalidad y violencia mundial en el camino. En tanto que, ante los nacientes “huecos” en el poder global, las potencias emergentes e intermedias salen presurosas a instalar sus “áreas de influencia”.

La gente está decepcionada. Muchos se acercan a la política con frustración y resentimiento. Otros, con hastío hacia todo lo precedente. Buscan sensaciones fuertes, salidas rápidas y mensajes claros que resuelvan sus agravios diarios. Las pasiones oscuras y luminosas han despertado por igual para luego ser hundidas en la apatía y el desencanto. Y, después de un tiempo, volver a explotar por otro lado, en una enloquecida montaña rusa de sensaciones y desesperanzas.

Ciertamente, las personas siguen realizando rutinas diarias: van al trabajo, llevan a los hijos al colegio, compran en el mercado, van al cine, chatean, toman un café con los amigos o van a la fiesta de conocidos. Pero sus estrategias ya no son las mismas de antes. De hecho, estas rutinas carecen de sentido de mediano plazo en el tiempo. Carecen de horizonte ordenado; no están encadenadas hacia algún destino imaginado. Porque las personas han perdido el destino. O este se ha roto. Son procedimientos sin porvenir esperanzador. Porque el porvenir está desquiciado. Es inaprehensible. Inimaginable, lo que es aún más aterrador.

Los sistemas de creencias hasta aquí prevalecientes se están licuando, dejando al mundo, a las sociedades y a las personas sin certidumbres plausibles.

Este tiempo de incertidumbre radical, el tiempo liminal, es el momento del crepúsculo de los viejos órdenes sociales. Pero ahí, y solo ahí, pueden cambiar las lógicas de la organización social y económica de los países y del mundo. Puede devenir en impulsos de guerras y revoluciones, como muy bien lo vio Lenin. Pueden desembocar en ampliación de derechos colectivos y reducción de desigualdades. Pero también, y con

más facilidad, pueden ser tiempos de gestación de grandes retrocesos sociales; de devastación humana; de autoritarismos y oligarquización extrema del poder. El campo de posibles cursos de acción de la historia está abierto con numerosas posibilidades. Cada vez que se ha presentado ese tiempo liminal ha sido así (1915-1945; 1965-1985; 2010-...)

Un tiempo de excepcionalidad histórica requiere herramientas de comprensión igualmente excepcionales

Pero, claro, intentar comprender esa vorágine social con las teorías de la previsibilidad y la certidumbre es un fracaso intelectual anunciado. Todas ellas colapsan ante la aceleración, superposición y desorganización de los antiguos parámetros de comprensión de la realidad. El resultado: una avalancha de “disfunciones”, de crisis; es decir, una desesperante “incapacidad para entender” el presente (Tooze)

El marxismo, que precisamente nació para dar cuenta e intervenir activamente en estos momentos de

excepcionalidad histórica (que se engendran desde las contradicciones y límites de la regularidad del capitalismo), no logra aún sobreponerse del largo repliegue que supuso la victoria política y cultural neoliberal.

El marxismo académico adoptó el globalismo como marco de referencia indiscutible, priorizando las temáticas culturales, la historia pasada o sofisticadas ilusiones de un inminente



Diario Red

Apoyar

España ▾



[América Latina](#) [España](#) [México](#) ▾ [Internacional](#) [Editorial](#) [Opinión](#) [Medios](#) [Armas para pensar](#) [Cultura](#) [Canal Red](#)

estudió hace 150 años (caída de la tasa de ganancia, desigualdad relativa, etc.). Pero, incluso en el estudio de esas tendencias, priorizaron la regularidad del proceso, no la ruptura, el quiebre, el salto propios de las crisis específicas. La crisis global del neoliberalismo les cayó de sorpresa y, hasta hoy, no hay un aporte sustantivo a la cualidad específica de esta etapa de transición sistémica y de sus potencialidades.

Por su parte, el marxismo de militancia, en su marginalidad, vivió con receloso estupor la reconfiguración de las clases sociales y del trabajo que supuso la victoria neoliberal. Sin

Privacidad

ánimo de comprender los cambios y con devoción religiosa, se aferró pasivamente a la fe en la inevitable decadencia del capitalismo. Lo que es una obviedad sin utilidad alguna, como aquella mencionada por Keynes (“a largo plazo, todos estaremos muertos”) en contra de aquellos economistas que se desentendían de las urgencias del presente. Así, cuando estalló la crisis económica global de 2008, no vieron la original condensación de tendencias, sino la “comprobación” de una teleología histórica anunciada décadas atrás. De ahí que, hasta hoy, salvo algunas excepciones, su influencia en la conflictividad social haya sido nula.

Y es que un tiempo de excepcionalidad histórica requiere herramientas de comprensión igualmente excepcionales. Cosas ausentes en las teorías de la regularidad que presencian en estado catatónico la “imprevisibilidad” de los grandes acontecimientos. Y es que la presente crisis no es ni “desviación temporal” (lecturas desde la regularidad) ni “destino ineluctable” (lecturas desde el determinismo político). Es un extraordinario acontecimiento singular de transición cuyo destino final es aún incierto. Su comprensión requiere nuevas categorías y esquemas cognitivos que

exploren precisamente la excepcionalidad de la articulación de las múltiples crisis.

Las ciencias sociales enfrentan hoy no una crisis de objetos de estudio, sino de los marcos interpretativos con los que abordarlos. La regularidad ha dejado de ser la norma y la excepcionalidad se presenta como el estado permanente de los hechos sociales.

Todo ello requiere unas teorías de la incertidumbre social que habiten el desorden, que cabalguen la fluidez, los cortes abruptos y la explosión concentrada de múltiples lógicas de la acción social. El presente es una insólita suspensión del tiempo histórico, de lo anteriormente previsible, que puede durar una o dos décadas y que, dependiendo de cómo se impulsen sus factores, sus contradicciones y potencialidades, ha de decantarse, de aquí a un tiempo, como una forma de regularidad o nuevo orden global y nuevo sistema de creencias duraderas.

La indeterminación del porvenir aún no se ha cerrado. El marxismo y el pensamiento crítico tienen que

sacudirse de la modorra de décadas y abalanzarse a morder realistamente el futuro inmediato

Por ello, es comprensible, aunque no menos paradójico, que, por hoy, quienes mejor estén avanzando en el entendimiento de la incertidumbre global sean los representantes intelectuales más audaces de las fuerzas sociales del conservadurismo social. Claro, sus financiadores tienen en juego billones de dólares en propiedades que deben ser resguardadas y ampliadas, por lo que no pueden darse el lujo de paralizarse ante la actual transición económica y política. De ahí que estudiar los documentos de un McKinsey Global Institute, del B. I. S., del FMI o las series estadísticas del PIIE y R. Dalio brinde mejores datos para intentar comprender el presente que fijarse en la fraseología apocalíptica de algunas izquierdas doctrinarias.

Pero aún hay tiempo.

La indeterminación del porvenir aún no se ha cerrado. El marxismo y el pensamiento crítico tienen que sacudirse de la modorra de décadas y abalanzarse a morder realistamente el

futuro inmediato. Necesitamos teorías intermedias de la incertidumbre que nos ayuden a “colapsar” la contingencia hacia una específica dirección del horizonte histórico sustentada en el protagonismo colectivo.



ETIQUETAS: Política, Europa, economía, marxismo, Estados Unidos



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

QUIÉNES SOMOS LEGAL POLÍTICA DE COOKIES POLÍTICA DE PRIVACIDAD

